

en los Juegos Olímpicos de la Juventud de Buenos Aires 2018 y reproducido en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020, el Parque Urbano fue emplazado en la emblemática Plaza de la Concordia como una de las principales sedes de París 2024.

(VWH IRUPDWR ³ IHVWLYDOLJDGR´ VH HQFOXTAHOVUD HQ VLR  
reflejando de este modo la evolución que viene teniendo lugar en el universo deportivo, en el que los eventos han pasado a constituir espectáculos integrales que apuntan a ofrecer ³H[SHULHQFLDV´ LQWHUDFWLYDV H LQPHU.VLYDV WDQWR  
Este trabajo pretende abordar las implicancias derivadas de la inclusión de los deportes urbanos en el Programa Olímpico, con el objeto de problematizar el papel que desempeña el Parque Urbano como espacio para la comoditización de estas manifestaciones de la contracultura callejera, en su propósito de renovar audiencias e incorporar nuevos patrocinadores.

Entre las bases teóricas que sirvieron de guía se utilizará el concepto de "capitalismo celebratorio", acuñado por Jules Boykoff (2013) para describir la convergencia entre la celebración festiva y las prácticas capitalistas en el contexto de megaeventos deportivos como los Juegos Olímpicos. Asimismo, el trabajo se nutrió de los aportes teóricos y empíricos de Belinda Wheaton y Holly Thorpe (2021) sobre la inclusión de estos deportes urbanos en el marco del olimpismo.

Asimismo, se analizaron las experiencias precedentes de los Parques Urbanos, tanto de los de Buenos Aires 2018 como de Tokio 2020, incluyendo entrevistas a informantes claves que tuvieron injerencia en el diseño e implementación de este concepto, y se realizó un seguimiento de medios especializados y redes sociales de los eventos deportivos y artísticos que tuvieron lugar en la Plaza de la Concordia.

### La contracultura y los deportes urbanos

Se suele caracterizar a la contracultura como un movimiento cultural nacido en la década de 1960 en Estados Unidos, más precisamente en la ciudad de San Francisco, aunque también con expresiones en Nueva York y Chicago, cuyos ejes distintivos pasaron por el cuestionamiento político y social y las experimentaciones de todo tipo. Con manifestaciones en la literatura, la poesía, la música, el cine y la moda, propició un conjunto de valores, tendencias y formas sociales opuesto a las establecidas en la sociedad en términos de trabajo, familia y consumo, emparentadas con el American Way of Life

SRU OR TXH TXHGDUtD HVWUHFKDPHQWH YLQFXODGD  
³DXWHQWLFLGDG´ \ ³OLEHUDFLYQ´





Luego de esos Juegos y a partir del innovador proceso de patrocinio y comercialización del COI conocido The Olympic Partner (TOP) (Zimbalist, 2016), surgió el interés en la incorporación paulatina de nuevos deportes en la programación olímpica, destacándose la inclusión en Atlanta 1996 del vóley playero que, además de la simpleza de su formato, ofrecía un espectáculo ágil y algo descontracturado, un ambiente alegre y distendido gracias a la música, el sol y la arena y, especialmente, una eficaz adaptación al entorno urbano. Esa primera prueba exitosa fue el puntapié para la incorporación de otras disciplinas alternativas en la oferta deportiva de las ediciones siguientes de los Juegos Olímpicos.

### El concepto de Parque Urbano

La elección en 2013 como presidente del COI del alemán Thomas Bach, ex campeón mundial y olímpico en esgrima y antiguo abogado de la multinacional Adidas impulsó una serie de cambios en la estrategia deportiva, comercial y mediática del organismo, H Q J O R E D G R V G H Q W U R G H O D G H Q R P L Q D G D <sup>3</sup> \$ J H Q G D olímpico propuso una hoja de ruta con 40 recomendaciones que tenían por objeto hacer frente al desprestigio en que estaba sumido el organismo como resultado de las denuncias de corrupción, los altos costos financieros para la organización de los Juegos Olímpicos y el menor interés del público juvenil por estas citas atléticas (International Olympic Committee, 2014).

Junto con la inclusión de formatos alternativos de competición y nuevas disciplinas, el COI comenzó a incorporar innovaciones en otros campos, como el fomento de la paridad de género y la implementación de conceptos novedosos en torno a las sedes. En todos los casos, estas transformaciones tuvieron como denominador común la creciente preponderancia adquirida, en el marco de las sociedades de la globalización contemporánea, por lo urbano y sus subculturas.

De esta manera, la agenda del COI comenzó a impregnarse cada vez más del peso de los valores, las imágenes, las estéticas y los lenguajes propios de las ciudades. Cabe mencionar que esta reorientación de la estrategia del organismo se produjo en un contexto en el que la población mundial que habita en las urbes se duplicó del 25% en 1950 a alrededor del 50% en 2020, en tanto se prevé que aumente lentamente al 58% en los próximos 50 años (Organización de las Naciones Unidas, 2022).

Los Juegos Olímpicos de la Juventud celebrados en Buenos Aires en 2018 constituyeron un hito significativo en relación con la incorporación de nuevas tendencias. En este



como violentas, hace que se vuelvan visibles desde ese registro. Así, nos encontramos cada vez con más situaciones y prácticas de violencia, no necesariamente porque hasta ahora no estaban allí, sino porque no eran entendidas como tales. En palabras de los autores: “producen la doble ilusión de una sociedad cada vez menos y más violenta, simultáneamente” (2010, p. 99).

Por lo tanto, durante los talleres proponemos un marco de reflexión que no se propone juzgar sino comprender para reflexionar y transformar. Es por eso que nos centramos en un aspecto fundamental para entender las violencias que es los modos en que se construye su legitimidad. Al profundizar en los rasgos y argumentos a través de los cuales se presentan y explican diversas prácticas que podemos considerar violentas pretendemos desarmar las lógicas que muchas veces ocultan las violencias detrás de sentidos comunes y legitimaciones socialmente construidas, y a partir de ello cuestionarlas.

Abordar la frontera entre violencia y agresividad, nos invita a pensar en una serie de tópicos y conceptos vinculados a ellos y que, a partir de un ejercicio de exploración bibliográfica encontramos emparentados a nuestras dos categorías principales. Así, el cuerpo, la genitalidad, el pecho, son elementos materiales que se traman con sentidos simbólicos y que constituyen emergentes nativos en diversos antecedentes: “poner el cuerpo”, “poner el pecho”, “bancarsela”, son algunas de las expresiones de sentido que construyen una moral en torno a los desempeños en contextos deportivos. Y decimos desempeños, en plural, porque no solamente hacen referencia a lo que sucede dentro del campo de juego sino que, también, se incorpora a esa moralidad a las hinchadas (Alabarces, Garriga Zucal, Moreira, 2012). Así, “bancarsela” o “tener aguante” hace referencia a la capacidad de resistir ante los embates físicos y simbólicos de un otro, en un sentido sumamente amplio: desde resistir el golpe o el impacto físico como consecuencia de la propia dinámica de juego, hasta la capacidad de resistencia física en el contexto de disputas y rencillas fuera del campo de juego, por parte de quienes son parte de las hinchadas; también, refiere a la capacidad de sostener vítores y aliento a los jugadores del propio club, por más de que estén perdiendo el partido (Ibarra, 2018). Así, “tener aguante” es un rasgo distintivo que se constituye en el pase a la incorporación de un “nosotros”, es la prueba que abre esa puerta. *“Tener aguante” es una propiedad de los que hacen del verbo aguantar una característica distintiva. Para acceder a ésta hay que “pararse”, “no correr”, “ir al frente”* (Alabarces y Garriga Zucal, 2008, p. 277)

Es necesario advertir que estas reflexiones que recuperamos de otros/as autores/as y se dan en el marco de deportes practicados por varones, se ven reforzadas por otro conjunto de expresiones nativas que hacen referencia a la genitalidad, como “poner huevo”, o “tener

huevos”, lo que le imprime una particularidad al “aguante” en este contexto: el reforzamiento de una masculinidad hegemónica (Ibarra, 2018). Es en esta trama moral en la que, quejarse de la violencia o impugnarla como algo que no se desea atravesar, constituye un hecho deshonroso si quien ejerce esa impugnación es uno de los sujetos involucrados en aquellos desempeños. Ahora bien, ¿opera diferencialmente este “aguante” dentro y fuera de la cancha? ¿cuáles son los emergentes de los talleres que desarrollamos en el proyecto de extensión que nos permiten elaborar algunas reflexiones que permitan responder esa pregunta? Para ensayar algunas consideraciones al respecto, será necesario hacer pie en un nuevo núcleo de ideas y conceptos que nos darán herramientas para elaborarlas.

Los talleres que implementamos fueron destinados, principalmente, a jugadores de rugby. En este marco, nos resultó valiosa una exploración bibliográfica sobre los conceptos por los que en esta ponencia nos preguntamos, dirigidos específicamente a este deporte. En ese camino, dimos con una particularidad que señalan Branz y Hang (2014) en sus estudios sobre rugby: introduce la variable “dolor” vinculada al contacto físico que implica el deporte. Poner el cuerpo como dispositivo que encarna una práctica de sacrificio y dolor, y redundando en acumulación de un capital simbólico: honor (Wacquant, 2006). Así, se gesta un *conjunto de “virtudes masculinas [...] físicas y morales [...] donde lo agresivo y lo racional se superponen hasta formar un sistema complementario* (Branz y Hang, 2014, p. 12): no se trata, solamente, de jugar con la fuerza, sino también de desplegar estrategias grupales, sopesar oportunidades y amenazas, calcular.

En este trabajo de Branz y Hang (2014) hay algo interesante: la agresividad aparece como un elemento propio del rugby pero con distintas derivas: si, producto de la propia dinámica del juego, existiera un encono entre dos jugadores de equipos contrarios, la forma de tramitar esa disputa es a través de elementos propios, legitimados, del rugby: por ejemplo, mediante un tackle. Ahora bien, cuando esa agresividad se canaliza por fuera de las formas instituidas como propias del deporte, por ejemplo pegando una piña, existe una sanción moral a esa acción. Sanción basada, principalmente, en la ajenidad de ese acto en relación al rugby: *entonces de repente se ve muy mal porque un tipo que pega una piña es un grasa, es un cabeza, la típica “anda a jugar al fútbol pibe, esto es rugby”. Eso es “honor” y eso es “caballerosidad”* (Branz y Hang, 2014; Branz y Garriga Zucal, 2013), operando el rugby como escuela moral (Branz, 2015).

### **Algunas experiencias**

En estos años realizamos varios talleres con un club de rugby fundado en este siglo e integrado principalmente por personas de sectores populares, representando una particularidad entre los clubes que compiten en este deporte, generalmente de mayor tradición y vinculados a sectores medios-altos y altos. Desde ese lugar, las autoridades del club se presentan como un grupo diferente, construyendo su otredad en relación a los clubes que practican otros deportes como el fútbol, y los clubes de rugby tradicionales.

Al problematizar prácticas como los *bautismos*, ritos de iniciación a los jugadores que debutan en primera división que incluyen tratos humillantes y vejatorios como motivo de incorporación al grupo, los miembros de este club aseguran que esas eran prácticas antiguas o propias de otras instituciones en las que esas tradiciones tienen un peso mayor. “Esas cosas en nuestro club no pasan” expresaron en uno de los talleres. Así se separaban de los otros clubes de rugby de la ciudad.

En otro caso, una madre comentó que en el grupo de su hijo, después de los partidos, comían todos juntos y eran amigos, cosa que no sucedía cuando el chico jugaba fútbol. “No se podía ni cambiar en el vestuario después de los partido por el lío que se armaba”, explicó. Comprender los límites de la relación de contrincantes en la cancha pero no enemigos en la vida es una de las marcas que señalan para diferenciarse de los hinchas y los clubes de fútbol, ámbito en el cual las violencias se desplazaron claramente por fuera de la demarcación de los estadios (Cabrera, Murzi y Garriga, 2019).

Como explicamos, la violencia es vista generalmente como una práctica externa y moralmente cuestionable. Lo que les permite a quienes participan de este club denunciar las violencias como algo externo es identificarlas como parte de los otros clubes. Los otros de rugby, que no son como ellos, que cuestionan las prácticas violentas del deporte, o los clubes de otros deportes más violentos como el fútbol. El otro mecanismo es la legitimación de prácticas que ocurren al interior del club. Ahí es donde la idea de la agresividad permite identificar ciertas acciones como aceptables e incluso bienvenidas, separándolas de las violentas.

Hubo un taller que surgió como respuesta a una sanción que recibió el club por un incidente entre el padre de un jugador que intervino en una pelea entre jugadores juveniles. En el mismo participaron directivos, jugadores, entrenadores, familiares. Debemos destacar en principio que los roles muchas veces son superpuestos, ya que un dirigente puede jugar en primera división, o ser padre de un jugador de primera y dirigir en categorías juveniles, y así múltiples combinaciones y, en casi todos los casos, participar como hinchas en partidos de distintas categorías.

Ante una consigna en la que les pedimos que respondieran su acuerdo o desacuerdo con diversas frases, consultarles por la idea de “los valores del rugby me representan”, la gran mayoría expresó que se identificaban “siempre” o “muchas veces”. Esta frase permitió intercambiar sobre los límites muchas veces difusos en el deporte entre la competitividad, el juego y la violencia. Hubo quien explicó que la diferencia la encontraba en la crueldad. Mientras que un tackle o ataque puede ser una agresión contra el cuerpo del otro, si es empleada como un medio deportivo para recuperar la pelota, es celebrado. En cambio, si se utilizara la opción de tacklear con la intención de lesionar y lastimar al rival, se entendería como violencia. La intencionalidad, entonces, es una clave para entender estos límites.

Otro participante admitió, entre risas y vergüenza, que en el rugby existe un goce que se genera al someter al otro físicamente y ganarle desde la intensidad y la agresividad, aclarando que esto debía producirse siempre dentro de determinados límites. Entonces explicaron la diferencia de “pegar bien” y “pegar mal”, o ejercer una “violencia controlada” y una descontrolada. Estos códigos, que son difíciles de explicar y explicitar sin ejemplos por parte de los jugadores y participantes del mundo del deporte, son presentados como compartidos y comprendidos por todos. Bajo esta idea, no se producirían confusiones ni interpretaciones diversas sobre un mismo tackle, aún cuando la decisión y la ejecución de una acción de este estilo se produce en breves segundos y sin diálogo de por medio. Sin embargo, las categorías de violencia y agresividad son enunciadas como dos aspectos claramente diferenciados y de fácil reconocimiento por parte de cualquiera que integre el mundo del rugby y conozca los códigos que lo ordenan.

La otra diferenciación que permite legitimar acciones que puedan ser consideradas violentas es entenderlas como parte del desarrollo del juego. Allí se encuentra una distinción entre lo que los actores denominan agresivo o violento. Uno de esos límites es entender que el contrincante es enemigo en la cancha pero es compañero fuera. En otro de los talleres, invitamos a los jugadores de rugby de 14 y 15 años a que expresen su postura en torno a la siguiente situación: “Tengo que agarrarme a trompadas si todos mis amigos están involucrados”. Las posturas que podían asumir estaban representadas con las siguientes opciones: “siempre”, “muchas veces”, “pocas veces”, “nunca”. Una vez que los jugadores se agruparon en torno a una de estas expresiones, indagamos sobre los sentidos que los llevaban a posicionarse de tal o cual manera. Fue interesante advertir una complejidad y diversidad de posturas con las que se identificaban, y cómo se gestionarían esos enconos: si son disputas puramente deportivas, vinculadas a la

propia dinámica del juego, entonces se resuelven dentro de los mismos parámetros deportivos, es decir, en la cancha, mientras dure el partido.

En otros casos, si esa disputa personal atentaba contra el desempeño del equipo, entonces la opción era intentar desactivar el conflicto para preservar el buen juego colectivo. Ahora bien, si la situación escalaba y excedía los límites espaciales y temporales del encuentro, el consenso fue prácticamente total: si la pelea era inevitable, entonces “no podían no meterse”.

Esta experiencia nos hizo pensar, en una agresividad “bien entendida” o “aceptable” y otra sancionable: en el primer caso, cuando las propias reglas y lógicas deportivas habilitan espacios para dirimir esas disputas (dentro del juego, dentro de la cancha). En el segundo caso, cuando esa disputa atenta contra el desempeño del equipo, es impugnabile. También, es interesante cómo emerge en este relato cierta combinación entre la demostración de fuerza, de agresividad pero dentro de límites controlables y calculables: hay una estrategia sopesada, racionalizada, para activar o no el “modo agresivo”. En términos teóricos generales, si bien las emociones y los sentimientos fueron encauzados, en el marco del proceso civilizatorio moderno, hacia la represión y la no exhibición pública, Norbert Elías (2009) señala que en la competencia deportiva la combatividad y la agresividad encuentran aceptación social. En términos concretos, Juan Branz (2016) lo dice así: “a la hora de jugar hay dos cuestiones que deben complementarse como pares necesarios: la racionalidad de un gentleman y la animalidad de un “toro” (las metáforas suelen provenir del mundo animal para explicitar un salvajismo controlado) (p. 66).

Nos preguntamos en este punto si existe un mecanismo de enunciación tautológico. Al analizar el programa El Aguante, transmitido en la señal TyCSports y conocido por ser pionero en centrarse no en el deporte sino en las prácticas de los hinchas, Salerno (2005) explicó que se presentaba a estos celebrando sus cantos, banderas, vestimentas, y sus prácticas en general. En esa celebración de lo que denominan como el folklore del fútbol, diferenciándolo de los violentos, que son presentados como un agente externo que contamina el buen mundo del fútbol. Al considerar la violencia física fuera de los atributos del hincha común, todo aquel que es descubierto practicándola es automáticamente excluido de esa categoría. En esos casos se remarcan todos los elementos que lo apartan de la norma y que lo identificarían como un violento. Así el molde de fanático se mantiene, sin ponerse en duda. Rosa (2017) mostró que, aunque existan múltiples prácticas de violencias que se comunican y hasta incluyen la violencia física como parte del folklore, es sólo una vez que se produce un incidente o se sanciona que la persona identificada es narrada a posteriori como un barra brava o un actor ajeno al hincha

común. Así se produce la tautología que separa a los hinchas de los violentos y hace no violentos a los hinchas. Del mismo modo, la agresividad pareciera actuar en este caso como un paraguas que incluye a un conjunto de prácticas que son entendidas como parte del deporte hasta que se produce un incidente o una sanción que produce descalificación y señalamiento hacia otro presentado como actor externo que es de otro deporte, de otro club o que no conoce los códigos del rugby. Y esto permitiría mantener la distinción entre la agresividad y la violencia, entre no violentos y violentos, entre nosotros y ellos.

### **Reflexiones finales**

Las experiencias en el desarrollo de los talleres y de las múltiples actividades impulsadas por el proyecto de extensión nos llevan a reflexionar sobre nuestras prácticas, sobre sus alcances y limitaciones y sobre los mundos con los que dialogamos y construimos las intervenciones. En ese marco, en los talleres de sensibilización, reflexión y prevención de violencias encontramos que las prácticas violentas suelen encontrarse legitimadas y presentarse como externas, realizadas por otros. En ese proceso, vemos que repetidas veces la agresividad es una categoría entendida como una forma controlada y positiva de acción en el deporte, que fomenta la competencia sin intenciones dañinas. En el deporte, la idea del "aguante" se usa para describir la resistencia y fuerza de los deportistas, especialmente en contextos masculinos. Este "aguante" puede reforzar una masculinidad hegemónica y también justificar la agresividad, diferenciándola de la violencia. Esta distinción permite legitimar ciertas acciones como aceptables en el juego y cuestionar otras como excesos o desviaciones. Así, la violencia se asocia con prácticas moralmente cuestionables y potencialmente perjudiciales, una distinción que fue reconocida por entrenadores y deportistas participantes de los talleres. Estas reflexiones continuarán en el marco de la presentación y debate de esta ponencia y también en el trabajo cotidiano y constante dentro de nuestro proyecto, buscando conocer las lógicas de legitimación de las violencias para promover una intervención que favorezca efectivamente a la reducción y de las mismas.

### **Bibliografía**

- Alabarces, Pablo; Garriga Zucal, José El "aguante": una identidad corporal y popular. Intersecciones en Antropología, núm. 9, 2008, pp. 275-289. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires Buenos Aires, Argentina. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/1795/179514533020.pdf>

- Branz, Juan Bautista; Machos de verdad. Masculinidad, Deporte y Clase en Argentina: Una etnografía sobre hombres de sectores dominantes que juegan al rugby; Malisia; 2018; 228
- Cabrera, Nicolás Eduardo; Garriga Zucal, Jose Antonio; Murzi, Diego; ¿El ocaso del aguante? Reinterpretando la violencia en el fútbol argentino; Universidad Arturo Prat; Revista de Ciencias Sociales; 27; 41; 5-2019; 259-274
- Daskal, R., & Moreira, M. V. E. (2017). Clubes argentinos: debates sobre un modelo. Universidad Nacional de San Martín.
- Garriga Zucal, José y Noel, Gabriel (2010). “Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso” en Publicar en Antropología y en ciencias sociales, Buenos Aires.
- Ibarra, M. (2018). El aguante: ¿Resistencia o masculinidad?. X Jornadas de Sociología de la UNLP, 5 al 7 de diciembre de 2018, Ensenada, Argentina. EN: [Actas]. Ensenada : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología. En Memoria Académica. Disponible en: [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.11569/ev.11569.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.11569/ev.11569.pdf)
- Rosa, Sebastian Gabriel. (2017). [\*La década sin visitantes. Un análisis de los discursos sobre la prohibición del público visitante en el fútbol argentino.\*](#) Trabajo final de grado (Licenciado en Sociología). Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
- Salerno, D. (2005): “Apología, estigma y represión. Los hinchas televisados del fútbol” en Alabarces, Pablo y otros (2005): Hinchadas, Buenos Aires, Prometeo libros.